

Rafael Cardona

El Cristalazo

Petro y sus palabras



Como suele suceder con todos los políticos, Petro –el candidato triunfante en las elecciones colombianas y el primero en su historia proveniente de una guerrilla secuestradora y dinamitera, a la cual muchos le vieron nexos con la droga colombiana, indudable sostén subterráneo de una economía fracasada, como todas las de Iberoamérica–, hoy no es nada todavía, excepto un señor que hace discursos. Muchos discursos. Pronto querrá hacer realidad esas palabras, pero por ahora, es el verbo redentor.

Y uno de ellos, quizá el más importante de su vida, es el de la victoria.

¿Qué dijo?

Pues la mejor fraseología de la izquierda populista latinoamericana, impregnada con una buena dosis de cursilería nacionalista y pobrista, a cuyos tonos edulcorados les hizo segunda su compañera de fórmula, Francia Márquez quien no nació en Macondo, sino en Yolombó. Eso del gobierno de los nadie y las nadie; de las manos callosas y demás, es digno de una canción de Viglietti.

Pero, en fin, escuchemos la lira. Cualquier similitud con otros populistas, es mera obra de la casualidad. O de la memoria.

“Gracias en este día que es histórico.

“Es una historia nueva para Colombia, América Latina y el mundo.

“Una historia nueva porque aquí lo que ha ocurrido hoy con estos once millones de electores que votaron y nos trajeron al Gobierno, es un cambio.

“Lo que viene es un cambio real y en ello comprometemos la vida misma. No vamos a traicionar al electorado que lo que le ha gritado a la historia es que, a partir de hoy, Colombia cambia.

“Colombia es otra.

“Un cambio real que nos conduce a algunos de los planteamientos que hemos hecho en las plazas públicas. La política del amor.

Y un poco más:

“...Habrá oposición férrea y tenaz, no la entenderemos, pero en este gobierno no habrá persecución política.

“Habrá respeto y diálogo.

“Es así como podremos construir lo que llamamos el Gran Acuerdo Nacional que ya se comenzó a construir entre 11 millones de colombianos, pero tiene que ser entre 50 millones. Tiene que comenzar a construirse en el diálogo regional vinculante para acabar con la violencia...”

“Poder construir las reformas que necesita Colombia para poder vivir en paz.

Pero como hubiera dicho Raúl Velasco, aún hay más:

“...somos parte de un acumulado de una resistencia que ya tiene cinco siglos. La sumatoria de las resistencias de Colombia. Hemos congregado el pasado de luchas y de rebeldías contra la injusticia, contra un mundo que no debería ser, contra la discriminación, la desigualdad”.

“Cuánta gente que aquí no nos acompaña, que desapareció por los caminos de Colombia y no están. Cuánta gente que murió o está presa. Cuántos jóvenes que no están solo porque tenían amor. Le solicito a la Fiscalía que libere a nuestra gente. Liberen a los jóvenes”.

En estos discursos se advierten dos ideas centrales. La principal, el cambio; la otra, la condena del pasado.

“...Cuando era joven, lanzaron dos mensajes de violencia que atravesaron mi memoria, mi corazón, un 11 de septiembre el golpe de Estado contra Allende, 1973, y un 19 de abril de 1970 un fraude electoral contra el voto popular en Colombia.

“Desde ese entonces en los libros iba leyendo lo que era la oligarquía colombiana, una oligarquía sectaria, atrasada, feudal, dogmática pero asesina, en su corazón no ha sido posible hablar el lenguaje de la paz, el lenguaje del entendimiento, creen que, con la trampa, creen que, con el engaño, creen que con el juego sucio pueden manipular la historia de Colombia.

“Fui aprendiendo que este tipo de élites que gobiernan este país eran capaces de matar por su codicia, que no habían entendido lo que significaba la palabra democracia, que antes unos jóvenes rebeldes, Nariño, Santander, Caldas, Camilo Torres, Bolívar, nos habían enseñado...”

No son iguales, pero entre ellos son iguales.



Francisco Garfias

“En narco mata a curas y los gobernantes hablan de elecciones”

El presidente López Obrador es especialista en la construcción de adversarios. Se siente cómodo en el conflicto. “La política no es para él la plaza de las conciliaciones, sino la condensación del conflicto”, como apunta el escritor Jesús Silva Herzog (La casa de la contradicción, editorial Random House).

Desde que llegó al poder se ha metido con la UNAM, la clase media, los científicos, el INE, el TEPJF, la Corte, los legisladores, ambientalistas, periodistas, intelectuales, feministas, generadores privados de energías...

Pero hay un grupo al que no sólo no toca, sino que protege: el crimen organizado. No lo esconde, hasta lo presume. “Son seres humanos”, dice, con una pretendida actitud de superioridad espiritual.

Ya es del dominio público que la Guardia Nacional, el Ejército y la Marina tienen la instrucción de no usar la fuerza letal en contra de la delincuencia, lo que deja a los ciudadanos —pueblo bueno incluido— en total indefensión.

Ese cheque en blanco ha llevado a las bandas criminales a cruzar el Rubicón (punto de no regreso):

El lunes pasado, hombres armados, presumiblemente al mando de un delincuente apodado El Chueco, mataron a dos sacerdotes jesuitas dentro de la iglesia de Urique, comunidad de Cerocahui, en Chihuahua.

Uno de los jesuitas era Javier Campos, de 78 años, y el otro Joaquín Mora, de 80. Auxiliaban a Pedro Palma, un guía turístico que había entrado al templo a buscar refugio. Iba herido, según reportes de la prensa local. Los sicarios se llevaron los cuerpos.

El padre Javier Pato Ávila Aguirre, miembro y activista de la comunidad jesuita en Chihuahua, compartió su dolor, su rabia, por lo ocurrido.

“Es una muestra de la impunidad, incapacidad e incompetencia de las autoridades para atender la inseguridad”, declaró, según el Diario de Chihuahua.

La Compañía de Jesús hizo notar que hechos como estos no son aislados. “La Sierra Tarahumara, como muchas otras regiones del país, enfrenta condiciones de violencia y olvido que no han sido revertidas”, destacó en un comunicado.

Los jesuitas exigen justicia, la recuperación de los cuerpos de los sacerdotes y que se adopten las medidas de protección necesarias para salvaguardar la vida de religiosos, laicos y de toda la comunidad de Cerocahui.

* Julián LeBarón, cuya hija y nietos fueron ejecutados en los límites de Sonora y Chihuahua en 2019, conoce muy bien la zona donde asesinaron a los jesuitas.

“Son lugares difíciles, no cualquier sacerdote se anima a entrar allí. A esta gente le vale madres si eres guía espiritual”, nos dice. LeBarón hace responsables de los asesinatos en la iglesia a los policías municipales de Urique, a la Fiscalía encargada de esa área, al fiscal del estado, a la gobernadora, Maru Campos, y al presidente López Obrador.

“A Maru Campos, mujer que aprecio y reconozco lo mucho que me ha ayudado, le están asesinando sacerdotes dentro de sus iglesias. El cielo está llorando por esas muertes. Ayudaban a la gente en su salvación espiritual”, lamenta.

Añadió: “El principal responsa-

ble de lo que ocurre es el presidente López Obrador (en su calidad de jefe de las Fuerzas Armadas que luchan contra el crimen organizado). Esto es un magnicidio. La FGR debe atraer el caso”.

Con la ejecución de los dos jesuitas ya suman siete los religiosos asesinados en México en lo que va de la presente administración. Los otros cinco fueron ejecutados en Matamoros, Celaya, Zacatepec, Durango, y Tecate.

“Ya para que el narco no tenga límite de matar sacerdotes en el templo es consecuencia de que se le ha dejado actuar. La impunidad reina y los gobernantes preocupados por las elecciones, por las corcholatas”, nos dijo, vía telefónica, el senador Emilio Álvarez Icaza, exsecretario ejecutivo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH).

* La elección de gobernador en Veracruz es en 2024, pero los aspirantes ya andan moviditos. Siguen el ejemplo de las tres corcholatas de AMLO para la elección presidencial.

Uno que ya levantó la mano es el diputado federal del PRI, José Yunes Zorrilla. Nos dicen que, de los priistas, es el mejor posicionado, “tantito arriba” de Héctor Yunes.

Pero ninguno de los dos la tiene fácil. El PAN es el partido de oposición más fuerte en Veracruz y trae como aspirantes al senador Julen Rementería, pero también a alguno de los hijos del exgobernador Miguel Ángel Yunes.

Lo que tienen claro en ambos partidos es que, para ganarle a Morena, que trae como aspirantes a Rocío Nahle y a Sergio Gutiérrez Luna, deben postular un sólo candidato opositor y contar con el apoyo de la alianza Va por México, más el MC.



Pascal Beltrán Del Río

Una muerte absurda

El lunes, antes de las 6 de la tarde, los sacerdotes jesuitas Javier Campos Morales y Joaquín Mora Salazar salieron de la iglesia de Cerocahui –en el municipio serrano de Urique, Chihuahua–, alertados por gritos y disparos que se escuchaban afuera.

Frente al templo yacía un hombre agónico (aparentemente un guía de turistas, quien era perseguido y buscaba refugio).

Cuando los religiosos se aprestaban a asistirlo, fueron asesinados a sangre fría. Acto seguido, hombres armados lanzaron los tres cuerpos inertes a la caja de una camioneta. De nada sirvieron las súplicas de un tercer sacerdote, pues los sicarios se marcharon llevándose los cadáveres.

De acuerdo con distintas versiones, el grupo de matones era encabezado por José Noriel Portillo Gil, mejor conocido como El Chueco. Líder del grupo delictivo Gente Nueva, asociado al Cártel de Sinaloa, El Chueco ha asolado la zona desde hace años, apropiándose de grandes extensiones con el fin de explotar ilegalmente su riqueza maderera.

En ese proceso, ha provocado la huida de centenares de lugareños. Asimismo, se le acusa del asesinato de dirigentes indígenas, activistas ambientales e incluso de un turista estadounidense que se perdió en la zona y que habría sido confundido con un agente de la DEA. A finales de abril se desató una persecución en su contra, por parte de elementos de la Marina,

pero se salvó de ser aprehendido. Información policiaca indica que siempre va armado de un lanzagranadas.

El crimen del lunes fue calificado de “muerte totalmente absurda” por la diócesis de Tarahumara, que exigió el fin de la violencia, así como “la recuperación de los cuerpos que fueron sustraídos del templo”.

Los sacerdotes Campos y Mora llevaban décadas viviendo en la sierra chihuahuense, donde eran reconocidos por su labor a favor de uno de los grupos sociales más vulnerables del país.

El triple homicidio ocurrió en una zona cercana al llamado Triángulo Dorado, que recientemente fue noticia con motivo de una visita del presidente Andrés Manuel López Obrador, quien

demandó que se rebautizara como “triángulo de la gente buena”. En dicha gira, las camionetas que transportaban a los periodistas que cubrían la gira fueron detenidas en un retén de gente armada, hecho que fue desestimado por el mandatario. Ayer, en su conferencia mañanera, López Obrador dijo que Urique es “de bastante presencia de la delincuencia organizada”.

Para el mediocidio, la noticia ya había dado la vuelta al mundo. Era natural que llamara la atención el asesinato de un hombre que busca refugio en una parroquia y de los sacerdotes que trataron de asistirlo, así como la presunta autoría del crimen por parte de un sicario del Cártel de Sinaloa –grupo al que el Presidente dispensa un trato cordial– y el que los hom-

bres asesinados fueran jesuitas, igual que el jefe de la Iglesia católica. Por si fuera poco, un representante de la Compañía de Jesús, recién llegado de Roma, también estaba en el lugar.

La historia de los jesuitas en la sierra Tarahumara tiene más de 400 años. Y por largo tiempo han hecho tareas que ninguna autoridad realiza. En 1608, el padre Juan Fonte –originario de Tarrasa, Cataluña– recibió permiso de fundar la misión de San Pablo, en la entrada meridional de la sierra.

“Entró solo y con ánimo intrépido”, describe un contemporáneo, el también sacerdote jesuita Andrés Pérez de Ribas. “Su casa en estos parajes era una tiendecilla de jerga, que llevaba para decir misa (...) El sustento eran, muchas veces, granos de maíz

stocado, y cuándo éstos faltaban, yerbas del campo. Su bebida era el agua llovediza de charcos rebalsados”.

En noviembre de 1616, Fonte viaja a Durango –de donde había llegado– para la celebración del arribo de una nueva imagen de la Virgen. En las cercanías de Santiago Papatzi, un grupo de indígenas tepehuanes sublevados lo mata a él y a otros tres misioneros.

El paso de los jesuitas por la Tarahumara está llena de sacrificios y tragedias, aunque también –dicen ellos mismos– de errores, aprendizajes y satisfacciones, producto de su labor comunitaria. Y a pesar de que la sierra se ha vuelto uno de los lugares más violentos del país, los misioneros y su comunidad religiosa dicen que no se marcharán.